

CLARA TAHOCES

El Último
gran
Unicornio



Luciérnaga

CLARA TAHOCS

*el Último
gran
Unicornio*



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Clara Tahoces, 2019

Autora representada por Silvia Bastos, SL, Agencia Literaria

<http://www.claratahoces.com/>

<http://www.twitter.com/claratahoces>

<http://www.facebook.com/ctahoces>

© de las ilustraciones de interior y cubierta: Ignasi Font

Dirección de arte: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: mayo de 2019

© Edicions 62, S.A, 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-71-5

Depósito legal: B. 1.153-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Índice

El nacimiento de un unicornio	13
El avestruz miedoso	25
La escritura mágica	35
La aldea sedienta	47
Las hienas risueñas	61
El secreto del elefante	73
El lenguaje de los árboles	85
La morada del hechicero	97
El Reino Triste	117
Las manzanas del perdón	129
El paraíso de los unicornios	143
<i>Bibliografía</i>	153

El nacimiento de un unicornio

Quizá la mayor equivocación acerca de la soledad es que cada cual va por el mundo creyendo ser el único que la padece.

JEANNE MARIE LASKAS



Todo nuestro mal proviene de no poder estar solos.

JEAN DE LA BRUYÈRE

Cuando despertó del sueño de la Madre Eterna no había nadie. Miró en todas direcciones, pero estaba completamente solo. Más tarde sabría que el nacimiento de un unicornio es producto de las lágrimas del universo, igual que las estrellas lo son del cielo.

Quiso gritar, hacerse notar, que alguien viniese a su encuentro explicándole por qué estaba allí, en medio de la terrorífica nada. La nada, para quien no lo sepa, es una espiral enorme que devora todo aquello que encuentra a su paso, y solo aquellos que consiguen apartarse de su inexorable caminar evitan ser engullidos por ese pozo de oscuridad.

Entonces, consciente del peligro que corría, gritó angustiada aún más, con todas sus fuerzas, hasta desgañitarse. Pero nadie salió a su encuentro, *nadie lo rescató de su soledad.*

No hay nada peor que un unicornio solitario, porque —paradójicamente frente a lo que se espera— se siente tentado de cornear a todo ser viviente que aparece en su senda. El agujijón de la soledad pica más cuando el unicornio se hace mayor, porque este ya ha aprendido que nada será capaz de calmar su sed de compañía.

Como pudo, se puso en pie sosteniéndose con la ayuda de sus todavía frágiles patas. Quería otear el extraño lugar en el que había sido depositado. Buscaba una pista capaz de conducirlo al paradero de los suyos. Pero solo obtuvo el silencio por respuesta.

Al cabo de varias horas se hizo de noche. El pequeño unicornio vio por vez primera la luna. Como era algo extraordinario para él, pensó en dirigirse a esta.

—Hermosa circunferencia que brilla —dijo él—. ¿Eres tú mi madre?

—No. Yo no tengo un cuerno en mi frente. A lo sumo —repuso la luna—, a veces tengo dos, pero nunca uno solo.

—¿Y qué más da? —preguntó el unicornio—. ¿No podrías cuidar de mí igual que lo haces de las estrellas? Ellas tampoco son como tú.

—Podría, y de hecho, lo haré. Pero solo durante el tiempo que reine la oscuridad —explicó—. Tras eso, me iré como la brisa que acaricia tus doradas crines.

—Y después, ¿quién me cuidará? —preguntó el cachorro inquieto.

—Eso deberás preguntárselo al sol —contestó la luna—. Yo no puedo hacer más.

Y transcurrió la primera noche para el unicornio, bañado por la intensa luz de la luna, sobrecogido por los sonidos del bosque, por el quejido de las ramas y el ulular de los búhos.

Pero cuando la noche tocó a su fin, la luna se fue de puntillas, sin avisar, sin despedirse del pequeño unicornio, casi haciéndose la interesante. Y hubo un momento en que el animal se sintió desamparado porque sobre el cielo no reinaba más que la luz dorada que nacía del horizonte. Sin embargo, no se dibujaba ni la luna, ni el tan anunciado sol. Es ese instan-

te en que ni es de día ni de noche, el tiempo en el que todo puede ocurrir, cuando los «ladrones de sueños» actúan impunemente, llevándose las ilusiones de los justos. Fueron precisamente aquellos quienes se llevaron el sueño del unicornio, precisamente cuando había encontrado a su madre y, despreocupado, jugaba con otros de su misma especie. Pero solo era un sueño...

El unicornio despertó sobresaltado y bañado en sudor, igual que esos bebés regordetes de piel rosada, que tras un profundo período de descanso dejan sus babas sobre el rostro de la madre que se aproxima a besarlos. Su blanco y suave pelo parecía húmedo; olía a inocencia. El sol, ya en lo alto, picaba su piel. Notó un leve agujoneo. Una llamada tranquila pero insistente que le reclamaba que abandonase el mundo de las fantasías.

Tímidamente abrió los ojos y miró hacia arriba... Ahí estaba él: majestuoso y arrogante, cual emperador que luce su capa multicolor repleta de matices. Aunque se le antojaba que «el gran señor de la luz» no era muy parecido a él, se atrevió a preguntar.

—¿Eres tú mi padre? —dijo con timidez.

—No —respondió tajante.

—¿No vienes a cuidar de mí?

—Mi cometido es aparecer incondicionalmente, aunque tú no estés —señaló altivo.

—¿Sabes tú por qué estoy solo?

—Porque eres una criatura a punto de extinguirse —repuso él.

Comoquiera que el animal puso cara de no entender nada de lo que le decía, el sol decidió hacerle compañía durante todo el día.

El pequeño hacía muchas preguntas, todas encaminadas a descubrir por

qué se encontraba desamparado cuando otras criaturas a su alrededor gozaban de la compañía de sus semejantes.

El sol optó por la vía fácil; cada vez que el unicornio preguntaba alguna inconveniencia se escondía entre las nubes. Aquella mañana se escondió muchas veces; tantas que decidió marcharse del todo dejando al pequeño en compañía de las nubes, el trueno y los relámpagos.

Entonces el animal se sintió aún más desamparado. Aquellos improvisados visitantes no tenían muy buenas pulgas. Se dedicaban a asustarlo con gritos y focos de luz.

Por suerte, su presencia no fue duradera y pasadas varias horas dejaron paso de nuevo a las estrellas y a la luna. Para aquel entonces, el unicornio estaba hambriento. Nadie le había enseñado que hay que comer y beber para no morir de inanición. La luna se apiadó de él y mandó a una de las estrellas que habitaban en su corte para que se acercase lo máximo posible hasta su posición.

—Dice la luna que debes comer de esas hierbas que crecen en el suelo, y beber de aquella charca.

El unicornio no dijo nada; se limitó a obedecer, y cuando se notó suficientemente saciado, se dirigió a la estrella.

—Cuando regreses junto a la luna, ¿puedes preguntarle dónde están los míos?

Resultaba evidente que ninguna criatura de las que allí moraban era igual a él.

—¿Los tuyos? —dijo la luna alzando una ceja—. Los tuyos... ya no viven en este valle.

—¿Por qué no?

—Porque fueron perseguidos y capturados por el Rey Triste —contestó la luna haciéndose un poco más brillante.

—¿Y quién es el Rey Triste? —preguntaba el pequeño, igual que hacen los niños humanos.

—Sube a mi lomo ahora que puedo acunarte —respondió ella— y te contaré lo que ocurrió.

Uni —a quien las estrellas habían bautizado así por representar a un ser único, y por tanto, solitario— hizo caso a la luna y de un gran salto, como solo los unicornios pueden dar, se colocó sobre su lomo.

—Érase una vez —comenzó a narrar la luna— un rey muy divertido y entusiasta que vivía rodeado de amigos y súbditos. Era tan feliz que para celebrarlo todas las noches organizaba una fastuosa fiesta. En una de ellas conoció a una joven princesa que conquistó su corazón. Poco después, se casaron.

—¿Qué significa «conquistó su corazón»? —repitió Uni.

—Eso quiere decir que ella logró llegar a una parcela, en el interior del rey, en la que no había sido capaz de entrar nadie nunca antes.

El unicornio asintió con la cabeza y la luna prosiguió su historia.

—Al cabo del tiempo la joven esposa quedó encinta y dio a luz a una preciosa niña. Sin embargo, el parto no fue sencillo y la reina murió a los pocos días —dijo la luna apenada—. A consecuencia de este acontecimiento, el rey no supo dar a la niña el amor que esta precisaba, pues la juzgaba responsable de la desaparición de su felicidad. La princesa fue atendida noche y día por sus nodrizas, pero el rey se negó a verla, a tomarla entre sus brazos y a darle, en definitiva, el cariño que todo ser humano precisa.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó el animal intrigado.

—La niña creció sin el amor paterno que tanta falta le hacía —repuso la luna—. Y el rey experimentó un cambio en su carácter volviéndose hosco y malhumorado; tanto, que todos comenzaron a llamarle Rey Triste. Pero él no se daba cuenta de que ese amor que le había negado a la princesa moldearía su carácter también, convirtiéndola en una persona tímida, retraída e insegura.

Uni no veía ninguna relación entre la historia del Rey Triste y su familia perdida, pero no dijo nada dejando a la luna proseguir.

—Un día, pasados los años, el rey enfermó gravemente. La princesa, como era de esperar, no se interesó por su estado de salud. Durante los días que se prolongó su enfermedad, el rey tuvo mucho tiempo para pensar, y cuando se restableció por completo reparó en su error. Se dio cuenta de que con su actitud lo único que había logrado era que ambos estuviesen *completamente solos*. Intentó hablar con su hija para explicarle su descubrimiento, pero la princesa se negó a escucharle.

—Y... después, ¿volvieron a hablarse? —inquirió Uni alzando un poco el cuello.

—El rey intentó todo lo posible para recuperar el amor de su hija, pero esta ya no atendía sus peticiones. Entonces, desesperado, no vio más opción que buscar la ayuda de los hechiceros del reino. Casi todos coincidieron en que el mejor remedio para los casos agudos de soledad era la presencia de un animal; un ser en quien la princesa pudiese confiar, a quien transmitirle sus penas e inquietudes. El rey pensó que tenían razón, y determinó buscar al ser más bello, al ser más perfecto, al ser más puro e incorruptible de todos cuantos animales pueblan este planeta. Y solo se le ocurrió uno: un bebé de unicornio.

Uni, que escuchaba con atención y en silencio, sintió una punzada en el corazón. Cuando escuchó la palabra *unicornio* algo se removió en su interior y, sin que hiciesen falta más explicaciones, comprendió que él era uno de esos animales que tan desesperadamente buscaba aquel rey triste y solitario.

—Mi familia está con él, ¿verdad? —preguntó, aunque casi prefería no conocer la respuesta.

—Él se llevó a tu madre —repuso la luna titubeante—. Tu padre tuvo menos suerte... Cayó abatido por la expedición enviada por el rey. Fue un acto involuntario; se produjo cuando trataba de impedir que fueses raptado, aunque antes logró esconderte y por eso estás aquí.

El pequeño unicornio se quedó mudo, desolado. Solo acertó a descolgarse de la luna para caer sobre la hierba, todavía húmeda, igual que sus ojos, brillantes por las lágrimas.

La luna lo llamó una y otra vez, tratando de consolarlo, pero el unicornio no respondió. Se quedó tumbado sobre la hierba; las patas cubrían su rostro. Así permaneció mucho tiempo.